

El único recuerdo posible.

RELATOS DE LA CONGREGACIÓN TELEPOIÉTICA DE PATAFÍSICA

“El libro y la paranoia” fue finalista en una de las ediciones del concurso de relatos El Fungible. Está consecuentemente publicado en el tomo correspondiente.

“El único recuerdo posible” fue editado en una infamante revista de tirada nacional y papel couché cuyo nombre prefiero ni recordar.

“Nuestro horizonte era ahora el imposible” sigue inédito.

La Congregación Telepoiética de Patafísica es la organización más eficiente para acabar, de una vez para siempre, con la perversamente nociva y capitalista noción de AUTORÍA. Esta obra, pues, carece de Autor. Por lo mismo, se perseguirá hasta la extenuación a cualquier Individuo/Empresa que considere que puede apropiarse de estas o cualquiera otras palabras para su beneficio personal. La propiedad privada es un robo.

El libro y la paranoia

Stevenson digo: "Hay que jugar como los niños, que juegan seriamente"
Yo trato de jugar seriamente, pero sé que es un juego lo que hago.

J.L. Borges

I .

Estaba yo pensando en lo ridículo de los motes que se usan cuando eres niño (el Bigo, el Garbanzo, el Agüita) y en el porqué de la perentoria necesidad de interrogar sobre el sentido de la vida a esos tipos que ríen en la calle sin aparente motivo, cuando, de pronto, Sebas cruza ante mí sin saludarme. Este hecho, aunque fortuito, me sume en la perplejidad. Puede que sus barbas fueran trece centímetros más largas y que a los cristales de sus típicas gafas les hayan aumentado catorce dioptrías, pero se trataba de Sebas. Reflexiono que Sebas murió hace unos años inyectándose heroína de más y que esto convierte en bastante impensable este fugaz encuentro, sobre todo para una persona que, como yo, se muestra tan escéptica a la inmensa mayoría de formas de la resurrección de la carne. Invierto el resto del paseo de vuelta a casa justificándome en los efectos psicóticos de cierto medicamento que me administro para la cura de una sangrante enfermedad inflamatoria del intestino, producida por un excesivo celo en la lectura de Borges y Kafka. Ya en la escalera decido suspender el tratamiento para evitar nuevas alucinaciones.

En la cocina pregunto a mi madre sobre Sebas (más por darle conversación que para asegurar mi juicio). Me alivia que advierta que no fue Sebas el de Juana, sino Sebas el de Paca el que murió y que mi confusión es imperdonable porque Sebas es mejor chico que Sebas y jamás se mete en líos.

En mi cuarto leo, simple cercioramiento, el prospecto de la medicina que cura mi enfermedad intestinal. Entre los efectos secundarios están la oligospermia, osteomalicia y osteoporosis, úlcera gastroduodenal, tuberculosis activa, micosis sistemáticas, cefalalgia, vértigos, náuseas y, en raras ocasiones, molestos ataques de hilaridad desacertada. Pero nada menciona de alucinaciones, depresiones del sistema nervioso central o propensión a estados psicóticos.

Y a punto estoy de dar muestras de alegría por la normalidad y corrección de la realidad, cuando recuerdo que, desde los tres años de edad, soy huérfano de padre y madre.

II .

"Lo malo de las ideas es que son tan reversibles como los guantes", recuerdo que iba pensando cuando me topé por vez primera con el tipo de los perros. No deja de sorprenderme la facilidad con la que aún empleo términos como "recordar", "ir" o "por vez primera", pero que yo sepa no hay otra forma de contar lo que creo que cuento. Aquel tipo, en fin, jugaba con los amenazantes perros guardianes de un centro comercial a través de la reja de acceso al aparcamiento subterráneo. El individuo hundía la cara contra los hierros y los perros ya no ladraban ni enseñaban los dientes, sino que le lamían el rostro. Aquella primera vez sólo pensé en los reflejos acuáticos sobre las paredes azules del subterráneo y en el carácter onírico de la visión.

La segunda vez, el encuentro fue nocturno, algo más largo e inquietante. El tipo estaba allí, hablando con los perros, aunque no oyera lo que decía. Yo caminaba a buen paso, así que lo adelanté rápidamente. Segundos después él se cruzó conmigo corriendo como alma que lleva el diablo. Algunos metros más allá se sentó en el suelo mirándome. La calle estaba tan desierta que decidí acercarme al extraño por combatir un miedo que luego no se presentó. Pero el tipo de los perros se levantó y volvió a correr.

Por supuesto hubo una tercera vez. Ocurrió en verano, de nuevo de noche, otra vez el tipo allí hablándole a los perros. Debo anotar que quizá no fue así. Lo cierto (incierto) es que pregunté a aquel individuo qué hacía. La conversación fue rápida. Me dijo que todos éramos como los perros,

encerrados cada uno en su mundo, sin conciencia de que existiera el de los demás. Probablemente fui un estúpido al pensar que era un loco, que con una metáfora digna de un perturbado, me hablaba del mundanal egoísmo. Fui un estúpido por alargar aquella charla, porque enseguida añadió que él era un perro. Las pruebas obvias de nada sirvieron, el equivocado fui yo al no darme cuenta de que quizá él fuera un perro.

La idea de que alguien es un perro, pero todo el mundo lo percibe como un hombre me obsesionó. Me dicen que el proceso de crisis que me llevó al sanatorio duro tres meses. Sufrí una extraña enfermedad mental, una especie de paranoia solipsista. Pondré un ejemplo para que entiendan: soy (o creo ser, no puedo estar seguro) huérfano desde mi infancia; recuerdo con claridad la muerte de mis padres en un accidente de tráfico. Según los médicos, sin embargo, mis padres me visitan y no los veo, ni escucho, o finjo no verlos ni escucharlos, ni recuerdo su visita.

Como los doctores podían hacer poca cosa conmigo y yo no soy peligroso, me devolvieron a casa con mi mujer. Ya no pregunto a terceros sobre la realidad. No me puedo fiar de su criterio, de que ellos no sean también visiones. A veces, cuando converso con alguien me invade la malsana sensación de estar hablando con un perro o con un cenicero, me mareo y tengo que dejarlo. Mi mujer se fue, o eso creo.

La intuición de que aquellos tres encuentros que provocaron mi mal fueron reales me hace pensar que no sufra ninguna enfermedad. Pequeño consuelo es creer que todos seamos como los perros, pero es lo poco que me queda. En particular, me duele no saber tampoco lo que escribo ahora. Podría ser la historia de mi enfermedad, o tal vez un testamento, o una carta al juez antes del suicidio, o quizá no escriba, sino que ajuste tuercas en una cadena de montaje. Tú que me lees, ¿sabes a ciencia cierta lo que estás haciendo? No sé ni quien soy. Quizá me percibas como Einstein, el director de la Coca-Cola, un perro, un reo camino del patíbulo o un torpe escritor malintencionado. Vivo solo. Mi mente me encierra.

Debo dejar de escribir (o lo que quiera que esté haciendo). No soporto el asco que me produce no saber con qué lo hago.

III.

“El placer de una lectura
garantiza su verdad” .
Roland Barthes.

Propongo con inútil sinceridad que aquella idea absurda surgió una mañana vacacional de septiembre en que un amigo, para combatir el soleado aburrimiento, me refirió una tediosa correspondencia con un muchacho japonés al que conocí durante una estancia en Weimar. Se trataba de una lenta comunicación, ininterrumpida e ininterrumpible, en que, sin el más mínimo interés mutuo, se contaban sus progresos profesionales. Creo que es casi imposible que mi memoria no evoque la visión de un gato, testigo de nuestra charla e incapaz de cazar una sucia paloma, como causa oscura y, por tanto, significativa de que ideara escribir cartas a ese japonés. Supongo que si salvé la distancia de la desidia que aleja al proyecto de su realización fue porque sentía, entonces como ahora, la hambruna insatisfacible del contacto con otro, con el otro.

Cuando recibí la primera inesperada respuesta supe que mi destinatario, distante e incógnito, se encontraba en una situación peor a la mía: la epístola, redactada en inglés, describía lo frágil de la normalidad, quizá la indefensión ante la locura, el miedo o el dolor que parece insuperable, que rompe lo irrompible; narraba la muerte de su amante a un perfecto desconocido, a mí. Sentí la imposibilidad de tratar de expresar lo inefable en una lengua que no te pertenece y supe que no mentía, que nadie puede mentir esa angustia y, a lo largo de nuestra dilatada correspondencia, siempre me propuse no mentir, referir la realidad y no los deseos. Aquel esfuerzo fue enorme: no mentir significa no mentirte y no mentirte, actuar en consecuencia a la verdad, so pena de no poder soportar tu reflejo en los vidrios.

Había una treintena de cartas en un cajón de un escritorio de Madrid cuando acepté un puesto de profesor adjunto de Lingüística General en cierta universidad japonesa. Debí saber que el

miedo que hizo que esperara un año antes de decidir conocer al destinatario de mis misivas no era sino un augurio. Un fin de semana de hace ya dos años hice una reserva en un hotel y subí en un tren hacia Sendai. Durante el viaje estuve extrañamente tranquilo, pero, al pisar el andén de mi destino, tuve la absurda sensación de que no tenía derecho a conocerlo y empecé a tener un cúmulo de dudas injustificables. No puedo explicar de otro modo que lo que hizo que tomara un taxi después de una hora en un café no fue una decisión, porque era incapaz de decidirme. El vehículo atravesó la ciudad transportándome en un estado de hipnosis hasta aquella calle. Bajé y busqué el número y el nombre del edificio. Después, me cercioré de estar en la calle correcta. Por fin, en un mal japonés, acosé con preguntas dubitativas a gran número de vecinos que respondían con la misma frase una y otra vez: ese número y ese edificio no habían existido jamás.

Mentiría si no dijera que me creí violentamente humillado y que sentí odio, pero, en el tren de vuelta, surgiendo como la consecuencia clara de un sueño, descubrí que yo también le había mentado, porque las verdades sobre las pocas cosas importantes de una persona no existen. Cuando, por ejemplo, le decía a mi desconocido interlocutor que no podía dejar a aquel amigo común de Weimar (después amante) por no hacerle daño, la causa real era que me aterraba estar solo; pero cuando por fin estuve solo me di cuenta de que en realidad me asustaba el hecho de ser una persona solitaria y, cuando asumí mi naturaleza, supe que apreciaba realmente a aquel amigo común. Cualquier vida es un cúmulo de pequeñas verdades temporales que se desplazan unas a otras de forma indefinible, hasta el silencio sin duración de la muerte. Así, solo queda la imperiosa necesidad de contar cada fragmentaria y provisional verdad, y creer en ella sin vergüenza ni excusas, con verdadera fe. Supuse que él (o ella) sabía lo que yo sabía y mi última carta constó de una solitaria línea: "Probablemente existes".

Al volver a Madrid, tiempo después, releí una tras otra la treintena de cartas, fumando, bebiendo vino, con un deleite semejante a la relectura de un viejo libro amigo. Así encontré la penúltima verdad, la que zanjaba definitivamente mi decepción, dice así: no hay diferencia entre la verdad y la mentira en cartas a un desconocido, que no puede comprobar la realidad relatada, que debe creer, de acuerdo a un pacto tácito y generoso, lo que está leyendo.

Exactamente igual que en este texto.

IV.

"...te movías como un
caballo de ajedrez que se moviera como una
torre que se moviera como un alfil".
Julio Cortázar.

La necesidad contar cada fragmentaria verdad. Contar con verdadera fe. Un impulso primario. Contar, por ejemplo, la historia de la obsesión de un hombre que, perturbado por una experiencia teatral infantil, ambiciona ser el mejor (o único) actor sobre la Tierra. Este afán le decide a convertir su vida en una magna y continua representación de veinticuatro horas. Supongamos que durante cuarenta años ha representado en calles, edificios y familias muchos papeles: travesti en los suburbios, católico del Opus Dei, político, asesino, soltero juerguista, profesor, marinero, hombre de mundo, soldado, actor de vodevil... Ha sido Otelo, Ajax, Tenorio, Cristo, Tiresias y Tartufo en diversas situaciones. Con cada personaje crece su obsesión: actuar no puede ser un logro imperfecto, temporal, no debe significar vestir, hablar, gesticular como el personaje creado. En el papel número veinte piensa y siente como él, aunque ciertos pensamientos y sensaciones repugnen al actor. En el ventiséis asesina. En el veintiocho odia a los actores. En el treinta funda una asociación humanitaria. En el treinta y tres logra soñar como su personaje. Figura tras figura la personalidad del actor va siendo mermada, pero nunca desaparece, porque si los hombres son las sombras de sus acciones, actuar no puede significar perderse en el otro.

A los sesenta y un años, mientras representa a un empresario mafioso y padre de familia, descubre que un cáncer le está secando las entrañas. La proximidad de la muerte lo lleva al paroxismo de su locura: el mejor actor de la Tierra no sólo debe vivir como el otro, debe morir como

otro; esa muerte será el culmen, la perfección sobrenatural y anónima de su arte. Así decide eliminar los residuos de su verdadera personalidad: los recuerdos de su infancia, los de sus padres y familia, los de los otros papeles, el orgullo de tantas representaciones magistrales. Con la voluntad que le ha permitido matar, crear amor y odio ajenos, se va arrancando su verdadero yo y su pasado es sustituido por falsos recuerdos.

Al llegar el invierno, el actor ha quedado reducido a algunos sueños y pesadillas que se desfiguran en la vigilia. El dolor físico del cáncer se convierte en una maldición habitual que va más allá de lo imaginable, cuando en la noche fría y húmeda de un puerto, mientras supervisa la llegada de cierta mercancía pensando que no supo dónde tenía las tripas hasta que comenzaron a pudrirse y que uno no conoce qué es algo hasta que lo pierde, un sonido lejano de motor en el chapoteo continuo del mar anuncia la llegada de las lanchas. Con un gesto cuyo artificio ya hasta él desconoce, ordena a sus hombres avanzar hacia el muelle. El vaticinio de la tragedia, irónica y metafísica, es un nuevo ataque de dolor que dobla su cuerpo al desgarrarle las entrañas. Mientras su mano busca temblando la medicina, brama un disparo y uno de sus subordinados queda tendido en el suelo. Durante un segundo los ocho hombres y su jefe sienten su asombro congelado: alguien se gira para cubrirse, él saca la mano del bolsillo. Después, el pánico. El aire se llena de los fogonazos rojizos provenientes de las lanchas. "Alguien me ha traicionado", piensa mientras las píldoras le resbalan hacia el suelo. A sus hombres de nada les sirven las armas, la vida se les queda pegada a las sucias cajas y al agua pútrida del muelle. "No debe ganarme el miedo. No tengo nada que perder, un balazo ahora me ahorraría el sufrimiento, pero ningún hijo de puta me va a matar. No me han visto. Si no disparo, no sabrán donde estoy. Debo huir. Tranquilo. Despacio. Sin ruido." Y ya empuña su revólver.

Varias figuras desembarcan de los botes al tiempo que él se aleja sin dar la espalda. Una de las sombras descerraja un tiro sobre la carne agonizante de alguno de sus hombres. "Ya lo he conseguido. Ya lo he conseguido". Y entonces, un nuevo ataque que le hace sentir como si miles de larvas vivas le arañaran y taladraran los intestinos. Su cuerpo se viene abajo como un árbol devorado por termitas. Sobre él caen, sin ser sentidas, algunas cajas. Durante un instante no existe nada más que el dolor. Cuando abre los ojos, una mano levanta un revólver que se posa firme en su cabeza y el asesino que clava los ojos en su víctima le pregunta si no tiene miedo el viejo hijo de puta. "No", escupe cada palabra, "dispara". Y en el pequeño instante de placer cruel que el verdugo toma sobre la víctima, algo cambia tanto en la cara del viejo mafioso que hace que el asesino no sepa por qué es tan diferente a la de los otros que ha redimido con su arma; no sabe que el actor ha conseguido librarse de sí mismo excepto por un despojo que ahora tortura cada porción de su conciencia, que lo lleva de nuevo a ser quien era, que deja su obra incompleta, y, en el último segundo de su vida, le hace ver que es imposible la actuación total si no existe el actor, y que la muerte siempre se lleva al uno, al verdadero, y no al otro; y ese sentimiento propio le redime de su locura dejándole patente que ha desperdiciado cada día de su existencia. El disparo, que ya no puede ser la venganza y odio del verdugo que no sabe a quién mata, borra también esa sombra agónica, única superviviente del yo de su desconocida víctima: la ambición de ser el mejor actor sobre la Tierra.

V .

La primera de las conversaciones es la que menos importancia tuvo para la memoria inmediata de aquel verano. Probablemente me acerqué a él porque ya le había visto otras veces hojeando un libro en aquel banco del jardín del psiquiátrico, pero es imposible que precise la verdadera causa. Sé que le pregunté por su lectura y, al sentarme, me inundó, como habría de ocurrir en las siguientes ocasiones, la sensación de que un campo de energía agitaba cada uno de los átomos de mi cuerpo (y sólo el símil con una situación imposible traduce aquella impresión inefable). Me explicó que aquel libro contenía cinco narraciones sin aparente principio ni final, porque hablaban de la inseguridad de la existencia y porque cualquier inicio y final en la ilimitada historia temporal de causas y consecuencias no son más que aparentes principios y finales. Al irme, pensando por necesidad en el tópico de la lectura de un loco, me despidió por mi nombre.

En la segunda conversación le interrogué por su demencia. En aquellos pocos meses ya había aprendido dos cosas: a desconfiar de los médicos y que muchos de los pacientes eran

conscientes de su enfermedad. El banco en el jardín, la hora, el libro entre sus manos, la extraña sensación al sentarme fueron los mismos, como si el tiempo no existiera en aquel lugar. “¿Qué pensaría si le digo que no estoy seguro de estar hablando con usted o con un cenicero o un perro?”, contestó sonriendo. “Si le dijera que no sé si yo soy yo o, quizá, una actor que ha olvidado que actúa, ni si están aquí este banco y este libro o que no sé si existe algo, cualquier cosa, llamada banco o libro, usted diría que estoy loco... y debo de estarlo”. Me narró que normalmente podía vivir con la duda y la soledad, pero que en las ocasiones en que la angustia lo ganaba necesitaba dormir desesperadamente y entonces, los doctores lo medicaban para que no se suicidara. Cuando terminó su monólogo, se me había revuelto el estómago y, quizá en consecuencia, él tenía arcadas. Sólo días después acabó la vaga sensación de pesadilla que me produjo la explicación.

Para la tercera conversación fui invitado por el loco a sentarme. Nada a nuestro alrededor había cambiado, excepto, quizá que sus manos temblaban sosteniendo el libro. “Sé que no comprende” –me dijo-, “pero también sé que le preocupa y que llegará a entender. El mayor de mis consuelos es pensar que no estoy loco, sino que veo lo que otros no ven. Debo pensar que si usted está seguro de sus experiencias es porque cree en ellas. Imagine una joven pareja que acaba de hacer el amor y escuchan un fuerte y terrible golpe en la puerta. Ella inmediatamente piensa en aparecidos. Él combate su miedo razonando que aquella puerta cierra mal y que el viento la ha movido..., pero no hay viento. Es imposible encontrar la causa del golpe. Las dos son posibles, pero al final, sólo queda el golpe. La realidad es como ese golpe en la puerta”

Al día siguiente abandoné el psiquiátrico. Durante años, en que no he vuelto a saber de él, me he preguntado por aquellos extraños acontecimientos que me han obsesionado de tal modo que he llegado a temer perder la cordura. A lo largo de este tiempo mi memoria ha analizado y compuesto una y otra vez los sucesos, hasta que éstos se han desvanecido en las palabras con que tantas veces me he narrado aquellas tres conversaciones. Me he dado decenas de respuestas a cómo pudo saber mi nombre, a qué era la extraña sensación que me agitaba al sentarme en el banco y, sobre todo, a cómo pudo saber el asunto del golpe en la puerta, que me había ocurrido tan sólo unas horas antes. Todas son perfectamente posibles, perfectamente insuficientes. Quizá porque no existen respuestas a ciertas preguntas, quizá porque no existe respuesta alguna, quizá porque, como dijo, todo no sea más que un golpe en la puerta.

Nuestro horizonte era ahora el imposible.

Fotografía por miedo a la muerte. Nunca lo has preguntado, pero, en cierto modo, esto es una respuesta. Así, sin el menor atisbo de extrañeza, como si yo me hubiera levantado aquella mañana de primavera (léase radiante y soleada) sólo para escuchar un confidencia tan perversamente normal. No te acordarás, hace tiempo me hablaste de la muerte. Y esta noche he tenido un sueño. Se apresuró, por supuesto, a telefonarme para contarlo, a pesar de estar a lunes, ocho de la mañana y ser las excusas tan tontas. Ya sé, ya sé, una fotografía es un cristal de vida fijado en el tiempo, pero yo quiero perdurar, vivir para siempre. No me mires así. En el fondo todos buscamos lo mismo. Si tienes la mala suerte de convertirte en un clásico, tu obra puede ser recordada mientras dure esta civilización. ¿Cuánto? Un siglo, dos, ¿cien mil años? Poco, muy poco. Suponiendo lo mejor, llegaría un momento en que cualquier cultura debería preocuparse de sobrevivir a este planeta, al Sistema Solar, a la galaxia, y tal vez un día, el Universo completo a tomar por culo, y luego, la Nada, ¿lo ves? La Nada, la muerte, absurdo con un cielo como aquel en aquella terraza de cafetería. Por lo visto ese había sido su sueño: una imagen onírica, quizá esférica, casi reconocible, como si ya la hubiera soñado más veces, durante toda la noche, hasta que la imagen imposible, múltiple, contó la historia. No, no la contó, la imagen ERA la Historia. Sus primeras palabras resultaron ser las mías de aquella madrugada:

Durante siglos el ser humano no ha podido resolver ciertos problemas por que era un átomo infinitesimal de tiempo, su vida no abarcaba la experiencia suficiente para hallar la solución. Se precisaban millones de vidas para construir una pequeña molécula de sabiduría, pero era insuficiente: lo inefablemente personal, imprescindible para lo Verdadero, nunca pudo ser compartido. El Hombre, sin embargo, logró alargar su vida, primero en centurias, luego en milenios. Su mirada abarcó el curso de los minerales: para cuando el Sol se extinguió, Él ya no estaba en el Sistema, para cuando la Vía Láctea colapsó, Él era ya un náufrago en un mar de infinitas costas. Los milenios se convirtieron en millones y los millones en billones. El espacio y el tiempo bullían en su espíritu. Poco a poco, fue consciente de que su viaje buscaba los límites del cosmos, la frontera entre lo existente y la Nada. Era Él un Ser apenas biológico, cargado con la historia de una raza ciclópeamente anciana, cuando pudo cruzar el último confín de la Muerte y convertirse en inmortal. Había pocos de Nosotros y, aunque dispersos, comenzamos a adivinar qué habría de suceder: transcurrido todo el Tiempo, el Universo se iba a extinguir, y Nosotros, los Hombres, su conciencia milenaria e inmortal, casi incorpórea, no viviríamos, pues la parte no puede sobrevivir al Todo. Nuestro horizonte era ahora el imposible. Conforme se acercaba el momento, muchos de Nosotros se extinguieron luchando contra lo inexorable, hasta que quedó Yo solo. Él, con su sabiduría de Ser Inmortal pero con la memoria de todo ser mortal, perseguido y acorralado por los confines del Tiempo, llegó por fin al fin y en la última micromilésima fracción del último momento, Él descubrió la simplísima Verdad de la supervivencia de la Parte al todo. El Universo se sumió en la Nada, no hubo antes ni después, delante ni detrás, pero el Hombre no se extinguió. Él fue absoluto. Lo Único que existe fue Todo lo que existe: un Sí y un No, una Forma sin contenido, la Memoria de un cuerpo. Su espíritu encarnó de nuevo el Universo. Yo soy el Universo.

Y ni siquiera pagó su café, el muy cabrón.

El único recuerdo posible.

3

Los preparativos fueron terribles. Durante sus últimos meses, la Fundación fue un caos de órdenes gritadas por técnicos y operarios furiosos, que amenazados por el inminente colapso final, horadaban cimientos, extendían vigas y componían enormes colmenas de finísima fibra de vidrio para la transmisión de la agonía letal que, ignorante de tanto frenesí ensimismado, avanzaba apenas a quinientos metros sobre el animal enfermo.

El inexorable final que entonces se preparaba había sido minuciosamente derogado de la conciencia colectiva gracias a los todopoderosos mecanismos de seducción del Departamento de Relaciones Públicas. Los anuncios, artículos en prensa, memorandos especializados, cursos universitarios, participación de primerísimas figuras públicas y hasta los concursos de televisión habían llevado a la Fundación a la cúspide de la fe en la ciencia y sus detentores. Por ello, la noticia había sido acogida con un nudo de garganta colectivo. Un parte televisivo de apenas diez minutos destruyó la confianza que la Institución había tardado décadas en construir en torno a su frase “Estemos seguros, la tecnología es nuestra aliada”. La Fundación se vio obligada a participar en todos los medios de comunicación la dramática realidad en breves informes diarios concienzudamente simplificados para el gran público: al fin y al cabo, se trataba de una especie distinta, capaz de engendrar morbos ignotos y sólo quedaba un espécimen vivo para realizar los estudios clínicos que pudieran probar la eficacia de los tratamientos. Hasta el momento, todos auguraban desastre. “El margen de bajas de que toda investigación debe disponer no existe” –trataban de explicar desesperadamente los mismos técnicos hasta hace poco sagrados- “porque cada intento se aplica sobre este último miembro de la especie y, por tanto, asume el propio riesgo mortal que trata de combatir”.

A pesar de las previsibles consecuencias del inexorable deterioro conocido, hasta las medidas más necesarias se pospusieron tratando de ocultar el íntimo y sordo malestar culpable que paralizaba a la ciudadanía. Los más optaron por continuar reproduciendo la indignación que los periódicos arrojaban contra los responsables de aquella terrible falta de previsión. Los menos se espantaron al intuir su propia complicidad en un autoengaño evidente. Al fin, cuando llegó la única decisión posible, largamente pospuesta en infructuosos debates, la gravedad hacía insostenible cualquier opción de traslado fuera de las dependencias de la Fundación. El Comité Directivo, financiado por un consorcio de fundaciones altruistas dependientes a su vez de grandes empresas inmobiliarias, financieras y petroleras, se vio forzado a proponer la célebre obra de ampliación. Dado que aquellas enormes transnacionales no se sentían obligadas a asumir los gastos de un asunto sobre el que aseguraban no tenían ninguna responsabilidad, se constituyó una campaña cívica que, con el fin de sufragar los elevados costes, subastaba las localidades del aforo, atrayendo así las donaciones desinteresadas de actores, magnates, famosos e intelectuales. Al fin, quien no podía aportar grandes cantidades trató de encaramarse en las últimas graderías, que trepaban vertiginosamente paredes arriba del ampliado Salón Central.

2

Deseosos de acallar las críticas y de devolver a la opinión pública la calma, los miembros del Departamento de Relaciones Públicas concluyeron que ya no era necesario presentar la realidad en eslóganes, sino que habían de convertir la propia verdad en un espectáculo. La intensidad del acontecimiento se multiplicó. Los mensajes diarios de la Fundación cumplían las etapas de una historia interminable de tormentos, de dolores inapaciguables, de aullidos nocturnos. Llenándola de compasión, la inmoralidad de alargar experimentos infructuosos se le impuso a la opinión de los ciudadanos, entre los que, poco a poco al principio y como un reguero de pólvora después, se difundió

el bondadoso propósito de acabar con tanto sufrimiento. La satisfacción moral de exigir justicia se alimentó con incontables horas de televisión y con innumerables fotografías de prensa, en que se presentaba a un ser que arrancaba la comida de las manos a los cuidadores que lo habían visto nacer, que se revolvía como un animal acosado en la presencia de las cámaras, pero que, bajo todo esto, reclamaba, reprochaba, denunciaba en silencio con cada mirada. Así las cosas, una dosis piadosa de un veneno letal se impuso como la única posible solución a una muerte segura y dolorosa. Los últimos debates y reuniones médicas, exacerbados por populosas marchas y manifestaciones multitudinarias, ocultaban la necesidad de La Fundación de posponer la operación hasta asegurar el acomodo de los miles de asistentes y medios de comunicación que lo acompañarían en el tránsito final.

Así, con la pérdida de toda esperanza deshojada en informes diarios que hablaban de diarreas y vómitos de sangre, la expectación se multiplicó. El Comité concedió el encargo de ampliación del Salón Central a un ya reputado arquitecto de puentes y teatros de la ópera, quien desarrolló un proyecto formidable que brindaba al público, mediante un sistema complejísimo de perspectivas, la opción de tener la misma visión cercana y natural del acontecimiento. En la exactitud y diligencia del proyecto, pareció como si sólo el arquitecto hubiera previsto la adversidad, como si aquella cantidad ingente de planos y cálculos hubieran estado esperando durante años aquel acontecimiento, aquella exclusiva oportunidad de opera magna. Su fama se triplicó, partícipe de la espera de un hecho único, tal como la Fundación lo expresó en sus folletos publicitarios: "Cualquier origen se pierde en el olvido prehistórico y cualquier extinción final se proyecta en un futuro inimaginable. Sin embargo ahora a una comunidad entera le es posible contemplar un final total y definitivo, un apocalipsis de bolsillo. Le ofrecemos la oportunidad exclusiva de observar piadosamente un acontecimiento único, pues ya que nada podríamos hacer, nuestra obligación es recopilar la valiosísima información en históricas imágenes de archivo para su posterior estudio."

1

En la fecha prevista, varios miles de invitados y millones de personas desde sus casas lo presenciaron. Y aunque todo había sido previsto para que transcurriera con dulzura y compasión, pasados todos estos años, el único recuerdo posible, registrado en numerosas imágenes, grabado en la memoria por el propio esfuerzo de olvido, es su mirada de reo. Su mirada llena con el pánico de un reo. Su mirada llena con el odio de un reo.

No hubo estertores ni adioses, sólo una mirada que cuatro mil quinientos invitados, congelados en las imágenes de video, han seguido arrastrando hasta hoy en la salida de la Fundación, incapaces de comprender todavía su silencio ingrato y hostil, ya que dado su lamentable estado físico, no cabía esperar un gran discurso, pero sí al menos que, tras tantos años de cuidados y esfuerzos, el último miembro de la especie les hubiera dirigido unas palabras de gratitud.

0

La Fundación, a pesar de ese odioso gesto, anunció esa misma semana su generosa intención de inaugurar un gran Parque Temático In Memoriam.